

CAPITULO III.

DEL PROTESTANTISMO CON RESPECTO A LAS LUCES

Cuando el Protestantismo apareció, todo cuanto hay de inspirado, de original, de descollante en el arte cristiano, así como en las profundidades sublimes del pensamiento, habia ya visto la luz, y hasta se hallaba en su apogeo. Abiertas estaban las grandes fuentes de la civilización cristiana, y manaban como corrientes caudalosas. Nuestras mas valientes y mas puras obras de arquitectura estaban ya en pié dos ó tres siglos habia; y ellas nos dejan formar concepto de cuál era la sociedad que las levantó, por que ellas son esta misma sociedad impresa y en cierta manera petrificada en estos monumentos. Hoy dia en que el gusto, por largo tiempo obcecado, vuelve á abrir los ojos á sus maravillas, y las descubre al través del bárbaro desden con que por tanto tiempo han sido miradas, se las contempla con una curiosidad entusiasta, y en el anonadamiento de la admiración; y lo que en ellas se admira no es solamente ellas mismas, sino lo mucho que suponen, lo mucho que manifiestan en ciencia, en gusto, en inteligencia, en senti-

miento, en cálculo, en delicadeza, en fuerza, en vida, en saber, en razon, no menos que en estension de vuelo y en elevacion de fe, en el mundo que las concibió y que las produjo, y en las cuales vemos, por decirlo así, su propia existencia. Ellas equivalen á una esposicion de todas las artes, de todas las ciencias, y de todas las industrias de aquella época. Ciencia de la construcción, de la estática, de la mecánica, de la óptica, de la acústica, de la metalúrgia, de la química, pintura, música, estatuaria, mosaico, todas las artes, todas las ciencias vienen á reunirse y compendiarse en estas creaciones incomparables, en las cuales, del fondo de los santuarios, enriquecidos con todas las obras maestras de la carpintería, de la cerrajería, de la platería, del esmaltado, del bordado y del ornato de todo género, los cantos eternamente sublimes del *Dies irae*, del *Stabat*, del *Te-Deum*, de todos los sentimientos de la naturaleza humana en lo que tiene de mas profundo, de mas elevado, de mas patético y de mas candoroso, se arrancan como de un vasto instrumento cuya voz fuese el arco, y resuenan á lo largo de las naves, bajo las bóvedas magníficamente colocadas y suspendidas por los prodigios de la arquitectura, mágicamente iluminadas por los prodigios de la vidrieria y de la pintura, mágicamente animadas por los prodigios de la estatuaria y de la escultura, mágicamente coronadas en fin en lo exterior por torres colosales, por atrevidas agujas, en que la piedra, lanzada para siglos á alturas inconmensurables, álzase para alabar á Dios en la region de los aires. Y todo esto no es mas que la letra y que la forma; porque todas estas maravillas del arte cristiano en todas sus fuerzas y en todas sus delicadezas, nada tienen de imaginario ni de caprichoso, pues son perfectamente amoldadas y dictadas por la idea que fielmente espresan. Son verdaderos poemas, epopeyas inmensas que cantan la gloria de Jesucristo, como los cie-

los refieren la gloria del Criador, y que parecen reproducir el milagro de su encarnacion, presentandonos la materia en todos sus elementos, y la naturaleza en todos sus reinos, informadas, cristianizadas por el soplo del genio de la fe. Ellas son al mismo tiempo tratados profundos de teología histórica, dogmática y moral, en las que la ciencia sagrada esposita de la manera mas minuciosa, mas completa y mas fiel toda la síntesis de las verdades que unen el mundo natural con el mundo sobrenatural. Con una de nuestras catedrales se podria hacer un curso enciclopédico de todas las artes, de todas las ciencias físicas y metafísicas, de todos los conocimientos divinos y humanos; y el colmo de las luces de nuestra época consiste en estudiarlas, en comprenderlas, en restaurarlas, sin poder llegar hasta reproducirlas, á crearlas de nuevo, hasta á aceptar el reto que ellas parecen echar á nuestra industria rastrera.

Por el mismo tiempo escribia san Anselmo meditaciones filosóficas, á cuya profundidad y plenitud de doctrina no ha alcanzado Descartes, y de las cuales ha tomado las que forman su gloria: san Bernardo removia la Europa á los acentos inspirados de su elocuencia, y la encantaba con la dulzura y la delicadeza incomparable de sus escritos: San Buenaventura enlazaba maravillosamente la mística y la escolástica en una direccion práctica, sellaba la concordancia de todas las ciencias con la teología en su *Reductio artium liberalium ad Theologiam*, y merecia de la admiracion de sus contemporáneos el sobrenombre de *Doctor seráfico*, que será confirmado por todos cuantos tienen derecho á ser jueces en el tribunal de la filosofía: su discípulo Gerson, ó Kempis trazaba en el profundo retiro de la humildad *el mas bello libro que haya salido de la mano de los hombres*, para ilustrarlos y consolarlos; y Santo Tomás levantaba su grande Suma, su Suma contra los Gentiles, su pequeña

Suma, sus Cuestiones, sus Tratados de toda especie, en los cuales el ingenio humano parece haber tomado las alas del Angel para abismarse en las misteriosas profundidades de las cosas divinas y humanas, y hacer penetrar en ellas una claridad inmortal.

A la idea del arte cristiano, propiamente dicho, habia venido á juntarse un ilustrado renacimiento á las letras, al arte y á la erudicion antiguas. A Dante, poeta creador no menos que profundo teólogo, prendado á un tiempo de Virgilio y de Beatriz, habian sucedido Petrarca, el Tasso, el Ariosto; tras las huellas de Giotto, de Massacio y de Fiésolo, avanzaban Miguel Angel, Rafael, Corregio, el Ticiano, y todos los grandes maestros de la pintura; á la escolástica y á la mística puras de San Buenaventura, de Gerson y de Santo Tomás, venian á unirse la erudicion clásica de Roberto Agricola, cuya influencia sobre la cultura científica de la Alemania meridional fué tan considerable, de Luis Vives en España, de Guillermo Budeo en Francia, de Pico de la Mirándula en Italia, de Fisher, de John Colet, de Lilly en Inglaterra, todos hijos sumisos y piadosos de la Iglesia. Ya el monge Bacon [*Doctor admirabilis*] y Geberto, elevado á Papa bajo el nombre de Silvestre II, habian abierto la senda á los grandes descubrimientos científicos; y la Iglesia fué la primera que acogió estos descubrimientos apenas nacidos, y que los engrandeció y los consagró, poniéndolos al servicio de la fé. “En Italia, Roma fué la primera, dice un historiador protestante, en acoger la nueva invencion de la Alemania (la imprenta); y los Papas contribuyeron poderosamente en estender la ciencia la civilizacion, por el favor que dispensaron á este maravilloso descubrimiento de los tiempos modernos.” (M. de Wesseberg. *Historia de los Concilios*, tomo II, pág. 544). En cuánto á la brújula, sabe todo el mundo que fueron velas españolas y portuguesas, es de-

cir, eminentemente católicas, las primeras que la tomaron por guía sobre los mares, y que navegaron hacia nuevos mundos.

Una de las causas que mas contribuyeron al desarrollo de la inteligencia humana fué la creacion de estos grandes centros de enseñanza, en los que se reunia lo mas ilustre de la ciencia y del talento, y á donde corria á abrevarse la juventud. Esta institucion, pues, es exclusivamente católica. La mayor parte de las universidades de Europa se hallaban fundadas mucho tiempo antes del Protestantismo por los Papas, ó bajo la influencia de los Papas, que intervenian en sus fundaciones, les concedian privilegios, y las honraban con inminentes distinciones. Así fueron establecidas la universidad de Oxford en 825; la de Cambridge en 915; la de Padua en 1179; la de Salamanca en 1200; la de Aberdeen en 1213; la de Viena en 1237; la de Montpellier en 1289; la de Coimbra en 1290; la de Perugia en 1305; la de Heidelberg en 1346; la de Praga en 1348; la de Colonia en 1358; la de Turin en 1405; la de Leipzig en 1408; la de Ingolstadt en 1410; la de Lovaina en 1425; la de Glasgow en 1453; la de Pisa en 1471; la de Copenhague en 1498; la de Alcalá en 1517. Inútil seria recordar la antigüedad de las de Paris, de Bolonia, de Ferrara y gran número de otras que se habian adquirido ya la mayor celebridad mucho tiempo antes de la aparición del Protestantismo.

No hay ciencia, hasta la filosófica y la exegética aplicada á los libros santos, á la reproduccion de los textos, á la propagacion de las traducciones, que la Iglesia no haya sido la primera en instalar y fomentar dos siglos antes que el Protestantismo se arrogase este honor. En el concilio de Viena (en el Delfinado) celebrado por Clemente V en 1311 se decidió que se fundarian cátedras en Roma, en Paris, en Oxford, en Bolonia, en Salaman-

ca, para la enseñanza del griego, del hebreo, del árabe y del caldeo; formáronse distinguidos orientalistas, publicáronse Biblias políglotas, se repartieron numerosas traducciones (1), é interpretaciones históricas, gramaticales y literales abrieron un ancho campo al ejercicio del pensamiento y á la libertad del exámen, que solo quedó para el Protestantismo la licencia; y que el Catolicismo pudo ya que no incurrir en inculpacion de haberle prestado el motivo, á lo menos sentir el dolor de haberle proporcionado los medios, como lo espresa aquel dicho del tiempo sobre Nicolao de Lyra, célebre profesor de teología en la universidad de Paris. *Si Lyra non lyrasset; Lutherus non saltasset* (2).

(1) Desde los siglos XII y XIII el pueblo leia los principales libros de la Escritura en traducciones aprobadas. En Francia, en Inglaterra, en Italia y en Alemania, vino la imprenta á prestar su poderoso concurso para satisfacer las demandas siempre crecientes de los pueblos. En la sola Alemania, entre el año 1460 y en el momento en que pareció Lutero, no menos de *catorce* ediciones de la Biblia se habian publicado en el dialecto alto aleman, y otras *seis* en el de la baja Alemania. En verdad, ¿no es el exceso, mas bien que la falta lo que habria que arrostrar á la Iglesia?

(2) “Los Protestantes, dice un sábio modesto, quisieran hacerse pasar por haber sido los restauradores de la lengua hebrea en Europa; mas preciso es que reconozcan que, en esta parte, si saben algo, son deudores de ello á los Católicos, que han sido sus maestros, y las fuentes de donde hoy deriva todo lo mejor y lo mas útil que tenemos en punto á lenguas orientales. Juan Rechlin, que pasó la mayor parte de su vida en el siglo XV, era ciertamente católico, y fué tambien uno de los hábiles en la lengua hebrea, y el primero de los Cristianos que la redujo á arte. Juan Weissel de Groningue le habia enseñado los elementos de esta lengua, y él mismo tuvo discípulos en quienes habia despertado el amor hácia aquel estudio. Asimismo por el auxilio de Pico de la Mirándola, que estaba verdaremente unido á la comunión de la Iglesia romana, el ardor por el hebreo se animó en el Occidente. Los herejes del tiempo del concilio de Trento, que sabian esta lengua, la habian aprendido la mayor parte en el seno de la Iglesia que habian adandonado; y sus vanas sutilezas sobre los sentidos del texto escitaron á los ver-

¿Y cómo á presencia de unos hechos tan brillantes y universales, que atestiguan que nunca el trabajo del espíritu humano fué mas grande, mas general, y al propio tiempo mas alentado, mas escitado por la Iglesia, ha habido osadía para decir, y se ha llegado á hacer creer que Roma abrigaba el designio de ahogar las luces y de retener los pueblos en la ignorancia? ¿Cuánta disposicion de espíritus prevenidos, hasta el extremo de la mas obcecada credulidad, no ha sido necesario introducir y mantener en los ánimos para llegar á imbuirles la paradoja de que el Protestantismo ha venido á encender en Europa la antorcha de los buenos estudios! Al favor de esta prevencion, un escritor apreciable, si se quiere, y nos complacemos siempre en creerlo así, porque los Protestantes afectan llamar católico, cuando ni aun era cristiano, impelido y patrocinado por el partido, Carlos Williers, se propuso en 1802 sostener delante

“daderos fieles á profundizar mas y mas una lengua, que tanto podia contribuir á su propio triunfo y á la derrota de sus enemigos. Estas miras ocuparon de otra parte el ánimo de Clemente V, el cual, desde el principio del siglo XIV habia mandado que el griego y el hebreo, y hasta el árabe y el caldeo, se enseñasen públicamente para la instruccion de los extranjeros en Roma, en Paris, en Oxford, en Bolonia, y en Salamanca. Pues el objeto de este Papa, que tan bien conocia las ventajas de los estudios hechos con solidez, era el producir para la Iglesia, por medio del estudio de las lenguas, mayor número de luces propias para ilustrarla, y doctores capaces de defenderla contra todo error extraño. Era su particular designio que el conocimiento de las lenguas, y sobre todo el del hebreo, renovase el estudio de los Libros santos; que estos, leídos en sus fuentes pareciesen aun mas dignos del espíritu que los habia dictado, que conocida de mas cerca su sencilla majestad les hiciesen mas venerables, y que sin perder nada del respeto debido á la version latina, pudiese percibirse que el conocimiento del testo original era todavía mas útil á la Iglesia para apoyar la solidez de su fe, y cerrar la boca á la heregía.” (El abate Gouget, *Discurso sobre la renovacion de los Estudios, y principalmente de los estudios eclesiásticos desde el siglo XIV*, pág. 73.).

del Instituto la apuesta de que la Iglesia habia sido la enemiga declarada de las luces, y que solo el Protestantismo habia venido á enriquecer al espíritu humano. Semejante apuesta podia sostenerla con seguridad en cuanto al premio del Instituto; pero en cuanto al ilustrado criterio de sus lectores, no puede darse otra de mas desgraciada, y que por el completo vacío de hechos y de pruebas, encubierto con la ligereza y vulgaridad de las declamaciones, manifieste mayor miseria é impotencia. ¿Es concebible que en un juicio, que se llama *filosófico*, es decir, cuando menos, verídico y con los informes suficientes, se escriban, se impriman y reimpriman hasta verlos nosotros frases como estas: “La Iglesia mantenía cuidadosamente las naciones envueltas en una ignorancia amiga de la supersticion: habíase hecho el estudio inaccesible á los laicos, en cuanto posible fuese; *el de las lenguas antiguas era mirado como una monstruosidad, una idolatría*: la lectura de las santas Escrituras, este patrimonio sagrado de todos los Cristianos estaba severamente prohibido, etc.?” Todo el libro está escrito bajo ese tono hinchado y falso, es un continuo escarnio de los hechos. Parécenos que al investigar las causas del progreso de las luces, no deberia empezarse por apagar la de la verdad. “Todas estas rapsodias sobre la oscuridad de aquellos tiempos (dice un sabio protestante) se nos han hecho tan habituales, que no chocaria tanto como el probar que dos y dos hacen cinco, como el negar las profundas tinieblas de *la edad media*. Y con todo estas tinieblas se dejan hendir y rasgar muy fácilmente.” (Daniel, *la Biblia en la edad media*, capítulo VIII, pág. 73).

“Cual si la Providencia hubiese querido confundir á los futuros calumniadores, dice Balmes, aparecio el Protestantismo precisamente en la época, en que bajo la proteccion de un gran Papa, se desplegaba el mas

“vivo movimiento en las ciencias, en las letras y en las artes. La posteridad, que juzgará imparcialmente nuestras disputas, pronunciará, á no dudarlo, un fallo muy severo contra los pretendidos filósofos que se empeñan en encontrar en la historia pruebas irrefragables de que el Catolicismo embarazaba la marcha del entendimiento humano, y de que los progresos de las ciencias fueron debidos al grito de libertad levantado en el centro de Alemania. Sí: á los hombres juiciosos de los siglos venideros, como tambien del presente, les bastará para fallar con acierto el recordar que Lutero comenzó á propalar sus errores *en el siglo de Leon X.*”

Las ciencias y las artes, en todas sus direcciones, divinas y humanas, ó lo que se llama las *luces*, habian, pues, tenido su aparicion y tomado su vuelo antes del Protestantismo; ellas habian producido ó estaban produciendo sus grandes descubrimientos y sus obras maestras inmortales bajo la inspiracion y el alto patrocinio de la Iglesia. La colmena católica de la civilizacion estaba en plena fermentacion, y sus maravillosos enjambres llenaban el mundo con la misteriosa armonía de su zumbido, cuando sobrevino el Protestantismo.

¿Qué parte tiene que revindicar en esta grande elaboracion del ingenio humano? Cronológicamente, ninguna: esto es manifiesto. Pero ¿vino á lo menos á juntarse á ella, trayéndole nuevas condiciones que han podido favorecer el desarrollo de la civilizacion? Esto es lo que hemos de examinar.

Bastaba, por de pronto, que la civilizacion intelectual en todas sus obras científicas, artísticas y literarias fuese hija de la Iglesia, y se emplease en defenderla ó embellecerla, para que el Protestantismo la confundiese con la madre en sus anatemas. El punto de partida del Protestantismo fué hasta la inculpacion hecha á la Igle-

sia de corrupcion, á consecuencia del excesivo favor que dispensaba á las letras y á las bellas artes, y el abuso de las indulgencias por las cuales Roma convocaba el mundo católico para que cooperase á la ereccion de un templo que debia reasumir la fé y la civilizacion del universo, como el Capitolio compendiaba en otro tiempo su error y su servidumbre.

Por el hecho, el primer grito, el primer acto del Protestantismo fué un grito prolongado, un grande acto de vandalismo. ¡Fuera culto sensible! ¡Anatema al arte en su mas natural, en su mas elevado, en su mas puro destino! ¡Anatema á la soledad y á la vida evangélica del claustro, tan favorable á las grandes meditaciones y á los sublimes partos del pensamiento! La devastacion de los conventos, la destruccion de las basílicas y de los monasterios, la proscripcion de las pompas religiosas, bajo el nombre de idolatría, es decir, de la elocuencia, de la música, de la pintura, de la escultura, de la arquitectura; la profanacion de los santuarios, el saqueo y la secularizacion de todos los tesoros espirituales y materiales con que la vida religiosa alimentaba y vivificaba el mundo (1), y este mismo mundo transformado por siglos en un campo de disputa y de carnicería: hé aquí la obra del Protestantismo.

[1] Esto hacia decir á Carlos V que Enrique VIII habia muerto á la *gallina de los huevos de oro*. Imágen muy exacta de la vida religiosa y de la fecundidad de lo que se ha convenido en llamar su *holganza*.—Y es tan sensible esta verdad, que ha llegado á percibirse últimamente al través de las prevenciones protestantes, de una manera digna de notarse. A fin del año de 1849 la universidad de Cambridge tuvo una conferencia compuesta de clérigos anglicanos y de graduados en vísperas de serlo, en la cual se tomó la resolucion siguiente: “La supresion de los monasterios por Enrique VIII fué para la nacion *una espantosa calamidad*; y las actuales circunstancias exigen imperiosamente el restablecimiento de instituciones análogas entre nosotros.” (Véase el *Tiempo* y los demas periódicos ingleses de aquella época.)

El Protestantismo, rompiendo con la tradicion, repudió hasta la herencia de la civilizacion, acumulada por los siglos anteriores. Rompiendo con la autoridad y la unidad, repudió el asiento y la condicion primera de la verdad, de su concentracion, y de su expansion en el mundo. Rompiendo, por fin, con la creencia en el milagro eucarístico de la caridad infinita de Dios, agotó la fuente de todos los milagros del corazon, de donde vienen así los grandes pensamientos del genio, como los sacrificios heróicos de la virtud.

Todo lo redujo, todo lo sacrificó á dos cosas, la *Escritura* y la *razon individual*; y estas dos cosas las limitó y las arruinó la una por la otra.

Esto merece la mas atenta observacion, porque es el punto cardinal de la verdad acerca del Protestantismo.

Lo repito: el Protestantismo todo lo ha derribado para no dejar subsistir sino dos cosas, la *Escritura* y la *razon privada*.

Y añado, que despues de haberlo sacrificado todo á la *Escritura* y á la *razon privada*, ha sacrificado la *razon á la Escritura*, y la *Escritura á la razon*.

Su primer grito fué la *Escritura*, nada mas que la *Escritura*! A este grito ha echado por tierra el edificio de la civilizacion católica donde quiera ha tenido poder para hacerlo. Sus templos vacíos y desnudos, no presentando mas que un libro por toda significacion, son la fiel expresion del vacío que dejó en el templo intelectual de la *razon humana*, de la cual ha excluido igualmente toda luz, todo otro elemento de actividad fuera de la *Escritura*. Si el Protestantismo hubiese triunfado enteramente, el mundo seria como un templo protestante. Ved ahí con toda verdad la influencia del Protestantismo: á tal estado dejó reducida la *razon humana*.

Y además, despues de haber limitado la *razon á esta Escritura*, añado yo que ha limitado esta *Escritura á la*

razon, es decir quitandole todo cuanto es sobre racional, todo lo que constituye su infinidad, su divinidad, para reducirla á la inteligibilidad, es decir, al naturalismo de la *razon humana*, lo cual era matemáticamente necesario.

Hé aquí, pues, como el Protestantismo, despues de haber reducido la *razon humana á la sola Escritura*, reduce la *Escritura á la sola razon*. ¡Y á este encogimiento, á este ahogamiento, á esta consuncion recíproca se la ha decorado con el bello nombre de emancipacion del espíritu humano! ¿Y no hay como un castigo del cielo en esta tergiversacion del lenguaje, por la cual el error se engaña á sí propio y no se sabe reconocer?

Pero no pára aquí: estos dos esqueletos, estos dos fantasmás de *Escritura* y de *razon* no pueden subsistir en tal estado: van á desaparecer, y por esto los vemos completamente aniquilarse el uno por el otro en el seno del Protestantismo.

El principal uso que el *libre exámen* protestante ha hecho de la *Escritura*, ha sido el sacar de ella la doctrina del *siervo-arbitrio*, es decir, de la negacion de toda espontaneidad, de toda actividad libre en el hombre. Por un justo castigo, la *Escritura*, que la *razon protestante* ha querido volver contra la autoridad de la Iglesia, de quien la tenemos, ha estallado en sus manos como una arma parricida, y la primera víctima de su esplosion ha sido la libertad humana, no solamente en la accion, sino hasta en su principio. Esta libertad desnaturalizada queda desde luego castigada de haber roto el yugo libertador del Catolicismo, cayendo bajo el aterrante yugo del Fatalismo, y esto por el medio mismo y por el instrumento de su rebelion, que es la *Escritura*. El Catolicismo, se decia, impide el libre desarrollo de la actividad humana; le pone frenos y barreras que no le permiten hacer lo que quiere; y hé aquí que el emancipador de esta

autoridad verdaderamente liberal de la Iglesia, que por primer fruto de esta manumision proclama la servidumbre, la anihilacion de la voluntad y de la libertad humana, el *siervo*, el *no arbitrio*. ¡Qué leccion! ¡Y qué prodigio el que esta leccion pase desapercibida y sin sentirse!

Y al propio tiempo he dicho que la Escritura, desasiada de la Iglesia, mata de este modo la razon que la invoca, queda ella muerta por esta misma razon.

Esta santa Escritura, en efecto, objeto de un culto tan fanático para el Protestantismo, que le ha hecho servir de testo para tantas locuras sacrílegas, al paso que ha sido siempre venerada, siempre predicada, siempre presentada al respeto y á la fe del mundo por la Iglesia católica, sabemos lo que ha venido á ser bajo la accion deletérea de la exégesis protestante, habiendo toda la Alemania llegado mas ó menos hoy dia á este sepulcro de la Escritura, cuya piedra ha levantado Strauss. Pero lo que no tan comunmente se sabe es, que desde el origen del Protestantismo, y el mismo Lutero, la Escritura no quedó menos sacrificada é insultada. Desde luego se recortaron de ella los libros de Judith, de Tobías, del Eclesiástico, de los Proverbios y de los Macabeos. Despues de esta depuracion del rigorismo protestante, parece que lo restante de las Escrituras debia ser mas sagrado: que el *Pentateuco*, base de todo el edificio histórico de la religion; que el *Eclesiastes*, inspirado por la misma sabiduria; que los *Evangelios*, que son como el foco de la fe cristiana; que las *Epístolas*, que son como su irradiacion; que el *Apocalipsis*, en fin, arsenal de todas las maldiciones arrojadas por la herejía contra la Iglesia católica, debian ser tenidos por verdaderos, por santos, por la palabra misma de Dios. Escuchad, pues, cómo habla de estos libros, no Strauss, sino Lutero.—Sobre el *Pentateuco*: “Nosotros no quere-

mos ver ni escuchar á Moises. Dejémosle, pues, á los Judíos para que les sirva de *espejo de los Sajones*, sin que nos sirva de embarazo. Moisés es el gefe de todos los verdugos; nadie le gana cuando se trata de aterrar de torturar, de tiranizar.”—Sobre el *Eclesiastes*: “Este libro es truncado: no tiene botas ni espuelas; va montado en alpargatas puramente como yo cuando era fraile.”—Sobre los *Evangelios*: “El Evangelio de San Juan es el *solo* verdaderamente tierno, el *solo verdadero* Evangelio, pues los otros tres han hablado mucho mas de las obras del Señor, que de sus palabras (1). Las Epístolas de San Pedro y de San Pablo son *superiores* á los otros tres Evangelios.”—Sobre las *Epístolas*: “La epístola de San Jaime es una verdadera epístola de paja, en comparacion de las epístolas de San Pablo; y en cuanto á la epístola á los Hebreos del mismo San Pablo, no debemos pararnos, si encontramos por el camino un poco de leña, de heno y de paja.”—Sobre el *Apocalipsis*: “Piense de él cada uno lo que le dicte su espíritu: en cuanto á mí sé decir que mi espíritu lo repugna, y *esto me basta* para desecharlo (2).”

Así, pues, no solamente interpretar cada cual segun su espíritu, sino desechar las santas Escrituras, por poco que repugne á ellas el espíritu; tratarlas con la mas grosera y con la mas sacrílega indignidad, ved ahí lo que desde su nacimiento y en el mismo Lutero ha hecho el Protestantismo de las santas Escrituras, despues de

(1) Este motivo de exclusion es muy notable, y caracteriza al Protestantismo.

(2) Citado por Alzog, *Historia universal de la Iglesia*, tomo III, pág. 368.—Inútil es, despues de esto, el procurar conocer el sentir de Lutero sobre los Padres: “*Todos los Padres*, dice, han errado en la fe; y si no se arrepintieron antes de morir, son condenados por la eternidad....”

haber sacrificado á ellas todo lo demas, y hasta la razon misma que tan indignamente las trata.

No sin razon he dicho, pues, que por la doctrina protestante del siervo-arbitrio la Escritura ha herido de muerte el principio mismo de la libertad humana; y que por la doctrina del libre exámen la libertad humana ha herido de muerte la Escritura; y estos dos solos elementos, á los cuales, repito, se habia reducido el movimiento general de actividad intelectual, la Escritura y la razon, ejecutan el decreto de la celeste Justicia destruyéndose mútuamente en el seno del Protestantismo, el cual no es tampoco sino negacion total, noche profunda, en cuyo seno aparecen y desaparecen, bajo mil mudables formas, fantasmas de doctrina, en quienes la Escritura y la razon continúan en repelerse y chocar entre sí hasta en sus ultimos restos, para eterno suplicio del espíritu de rebelion y de error.

Si el Protestantismo, pues, se constituyó, fué por la exclusion de toda actividad fecunda y civilizadora, y concentrando la del espíritu humano en este duelo á muerte entre la Escritura y la razon.

Se ha arrostrado al Catolicismo como un crimen de lesa-progreso de las luces, el haber formado causa á Galileo y á su sistema, astronómico en nombre de la *Escritura*, que parecia condenarlo; y el Protestantismo se ha prevalido de todas las calumnias que sobre el particular se han esparcido. Mas, aun cuando el hecho fuese cierto con todos los caracteres odiosos que se le atribuyen, no crea poder prevalerse de él el Protestantismo; porque este proceso que accidentalmente y por una muy excusable equivocacion hubiese formado el Santo Oficio á Galileo, el Protestantismo lo ha formado en nombre de la *Escritura* á la civilizacion entera, bajo el nombre de idolatría. La destruccion de las basílicas y de los monasterios, esto es, de todas las obras maestras, de todos los

santuarios de las artes y de las ciencias, no menos que de la fe y de la piedad, y la proscripcion sistemática, la condenacion fanática, de todo culto sensible, de toda expresion elevada y creadora del pensamiento y del sentimiento religioso, como contrario á la *Escritura*, y esta *Escritura* sola, transformada en manos de las sectas protestantes como el Coran de un nuevo Islamismo, ¡distan ciertamente mucho de este desgraciado proceso de Galileo, del cual tanto cacarea el Protestantismo!

Este proceso es la única cosa opuesta á la ciencia que se pueda levantar contra el Catolicismo, y esta cosa es una calumnia. La verdad ha por fin penetrado por entre el tumulto filosófico que se procuraba rodear esta cuestion, y en el dia sabe todo el mundo el concepto que debe formar de este suplicio de Galileo, de esta *prision perpetua* (1), de este calabozo horrible en donde se representa al genio cargado de cadenas, trazando sobre las húmedas paredes que lo encierran el sistema astronómico del universo. La buena fe de los Protestantes, los amigos de Galileo, Galileo mismo es quien va á informarnos sobre este particular:

“Al escuchar los patéticos relatos y las repetidas reflexiones sobre este asunto que se leen en mil obras,—escribia ya en 1784 el protestante genovés Mallet du Pan,—el fisico toscano fué sacrificado á la barbarie de su siglo, y á la ineptia de la corte de Roma; la crueldad se mancomunó con la ignorancia para sofocar al fisico en su cuna, y no era dado á los inquisidores que una verdad fundamental de la astronomía fuese sepultada en el calabozo de su primer demostrador. †

“Esta opinion es un cuento. Galileo no fué perseguido como buen astrónomo, sino en calidad de mal teólogo. Se le hubiera dejado tranquilamente que hiciese ca-

(1) Carlos de Willers.

+ Véase la Dicción. de Bergin,
verb. Ciencias humanas.

minar la tierra, si no se hubiese metido á esplicar la Biblia. Sus descubrimientos le dieron enemigos; pero solo sus controversias le dieron jueces, y su petulancia, amargas pesadumbres. Si esta verdad es una paradoja, esta paradoja tiene por autor al mismo Galileo, en sus cartas manuscritas, á Guichardin y al marqués Nicolini, embajadores de los grandes duques en Roma, y los dos, así como los Médicis, protectores, discípulos y celosos amigos del imperioso filósofo. En cuanto á los bárbaros de aquella época, los bárbaros eran el Tasso, el Ariosto, Maquiavelo, Bembo, Torricelli, Guichardin, fra Paolo, etc. (1)."

Resulta de la correspondencia de Guichardin, que lo que motivó la cuestion fué la pretension del mismo Galileo en apoyar su sistema sobre la Biblia, y en querer que fuese no solamente un artículo de ciencia, sino en cierto modo un artículo de fe. "Exigió, dice Guichardin en sus despachos oficiales, de 4 de marzo de 1616, que el Papa y el Santo Oficio declarasen el sistema de Copérnico fundado sobre la Biblia.... Galileo, añade, pone en todo esto un empeño extraordinario, y hace mas caso de su opinion que de la de sus amigos, etc." Aquí

(1) *Mercurio de Francia*, tomo III, pág. 141, julio de 1784.— La cuestion ha sido ilustrada en el mismo sentido por otro escritor protestante, sir David Brewster, miembro de la Academia real de Londres, en un libro titulado: *los Mártires de la ciencia*.—Pero sobre todo quien ha tomado otra vez, profundizado y definitivamente trazado este asunto ha sido nuestro ilustre amigo el Sr. Conde Alfredo de Falloux, con aquel discernimiento franco é inteligente que no disimula, no diré ningun hecho, sino ninguna razon, ninguna consideracion favorable á sus adversarios, con tal que sea verdadera; y que busca en esta sinceridad de no olvidar lo mas minucioso la autoridad de la imparcialidad en favor de la última conclusion: de modo que confunde la rectitud de la conciencia con la destreza del raciocinio. (Véase la *Biografía de Galileo* por el señor de Falloux en la coleccion del *Correspondiente*, número de 29 de noviembre de 1847).

teneis, pues, las causas de la condenacion de Galileo. Veamos ahora, en cuanto á su suplicio, cómo lo refiere él mismo.

"El Papa me creia digno de su estimacion.... Fuí alojado en el delicioso palacio de la Trinidad del Monte.... Cuando llegué al Santo Oficio, dos jacobinos me invitaron con la mayor urbanidad á hacer mi apología.... Yo estaba obligado á retractar mi opinion, como buen católico. Para castigarme, se me prohibieron los diálogos, y se me despidió despues de cinco meses de permanencia en Roma. Como la peste reinaba en Florencia, se me destinó por habitacion el palacio de mi mejor amigo, monseñor Piccolomini, arzobispo de Sena, en donde he gozado de pleno sosiego: hoy me encuentro en mi campiña de Arcetra, en donde respiro un aire puro, cerca de mi querida patria." (*Carta de Galileo al P. Receneri, su discípulo*).

Tal es la verdad acerca del suplicio de Galileo, y acerca de las causas de su condenacion.

Pero falta ahora, ya lo sé, esta condena misma, en la que positivamente Galileo fué condenado por haber sostenido, contra la Escritura, que el sol está inmóvil en el centro del universo, y que la tierra se mueve á su alrededor; proposicion que fué declarada *formalmente herética* en su primera parte, y á lo menos *errónea segun la fe* en su segunda.

Mas, el tribunal del Santo Oficio, que pronunció esta condena, no era ni jamas ha sido respetado por infalible. Engañóse una vez, diez veces, si se quiere; pero asé engañan tambien á menudo los mas graves y los mas sabios tribunales de justicia. El tribunal del Santo Oficio no representaba absolutamente el Catolicismo, no digo ya en su infalibilidad, cuya sede y órgano son únicamente los concilios ecuménicos y el Papa pronuncianí *do ex cathedra*, pero ni en su espíritu, ni en su clero, ni